

4^a
EDICIÓN

Colección  Preguntas

¿Es la filosofía un cuento chino?



José Ramón
Ayllón

José Ramón Ayllón

¿Es la Filosofía
un cuento chino?

4^a EDICIÓN

Desclée De Brouwer

Í n d i c e

Presentación	9
EL REINO DEL MÁS ALLÁ	
1. Primera clase	15
2. Más allá de la física	19
3. Dios	25
4. Extraterrestres	29
5. Más allá de la matemática	31
6. Más allá del positivismo	33
7. El misterioso origen de la vida	37
8. Más allá del mecanicismo	43
LA PURA VERDAD	
9. Tópicos y relativismo	49
10. Manipulación televisiva	53
LEER ENTRE LÍNEAS	
11. Jack London	59
12. Shakespeare y Dostoiewski	65
13. William Golding	69
14. El misterio del mal	75
EL LABERINTO SENTIMENTAL	
15. Policromía sentimental	81
16. Las pasiones	85
17. El amor	87
18. La amistad	93
Vocabulario Básico	101
Bibliografía Recomendada	115
Índice de Autores Citados	119

Presentación

Retrocedo con la memoria hasta el primer encuentro con la filosofía, en mi bachillerato gallego. Recuerdo perfectamente al profesor que nos descubrió el amor a la sabiduría... Sus alumnos bostezan. No es sueño ni tristeza. Es, como dice Machado, que tienen el vacío del mundo en la cabeza. Por otra parte, nada nuevo: ese vacío define precisamente la condición estudiantil y crea desde hace siglos la necesidad de la escuela. Pero desde hace pocos años hay algo inédito, una auténtica mutación cultural. Parece que perdemos nuestra vieja condición de *homo sapiens*, piel superada ya, y entramos en el 2000 como *homo videns*. Ahora, lo que no se ve en pantalla no existe, y esto es especialmente crudo para esta asignatura donde casi todo se juega en el terreno del concepto puro y duro.

¿Quién ha dicho que la filosofía es un ladrillo indigesto? Prácticamente, todo el mundo. De hecho, aquel primer encuentro con el sublime rollazo fue precedido de las más desalentadoras prevenciones. Nos decían que entrábamos en el gran templo del aburrimiento, donde se daba culto a grandes cabezas cuyo mérito masoquista había consistido en estrujarse las neuronas hasta destilar pensamientos absurdos, zumo de boina. Sin embargo...

Nuestro viejo profesor de filosofía, no tan viejo como su asignatura, era un provocador nato. Y un encantador de serpientes. Provocaba con sus preguntas y encantaba con sus respuestas. Respuestas muchas veces disfrazadas de historias. ¿El hombre moderno es más inteligente que el prehistórico?

¿Es la Filosofía un cuento chino?

¿Cuál es la verdadera causa del tercer mundo? ¿La invención de un programa informático realmente inteligente es cuestión de tiempo? ¿La existencia de vida extraterrestre requiere algo más que condiciones adecuadas? ¿Vivimos o no vivimos en la caverna platónica? Cada una de esas preguntas, y otras muchas, escondía una carga de profundidad. Y cuando el cotarro entraba al trapo era conducido mucho más lejos de lo que había imaginado. Abandonabas confiado la perezosa orilla y te ibas adentrando en un pequeño mar de conocimientos e implicaciones. Y el mar era una esquina del océano.

10 Ya se sabe que el alumno bosteza, dormita y vegeta. Siempre ha sido así. Para eso le pagan. Pero él venía preparado, entrenado, decidido a despertar, agitar y zarandear con su receta infalible: el binomio historia-pregunta. Desde la tarima de un aula con vistas a la ría nos lanzaba la pregunta inquietante o nos envolvía en la magia de un relato escogido. Era la vieja táctica de un cuentista de lujo (Platón y sus mitos) y de un charlatán profesional (Sócrates y sus diálogos). No planteaba el debate de la moral desde los conceptos, simplemente nos introducía en el vértigo de Macbeth. Para explicarnos la sociedad y sus reglas de juego nos hacía sobrevolar la isla de Golding, ese magnífico experimento literario en un paraíso perdido. La manera de conocer en persona al superhombre de Nietzsche fue presentarnos a Raskol-nikov. Si había que hablar del amor abría la clase con unos versos de Neruda o Salinas. Y si la cuestión era la muerte de Dios nos metía con Elie Wiesel en la pesadilla de su campo de exterminio.

Pocos años después obtuve la licenciatura en filosofía y me vi delante de un puñado de alumnos. Sufrí en mis carnes la dificultad de esa enseñanza, su carácter escurridizo hasta lo exasperante. Y al mismo tiempo recordaba a mi profesor vigués y decidía navegar en su estela. Este libro recoge algu-

Presentación

nos pormenores de esa navegación. Es quizá el libro que yo hubiera querido leer en mi primer encuentro con la filosofía, y que ahora brindo al inquieto adolescente obligado a estudiarla. Supongo que muchos de mis colegas lo encontrarán reconfortante.

El Reino Del Más Allá

1

Primera Clase

Son hijos más de su época que de sus padres. Criados por esa niñera televisiva experta en banalidades y truculencias. Han crecido con música de los cuarenta principales. Tienen moto y coleta, camiseta y vaqueros, pulseras de cuero y de colores. Suelen salir al extranjero medio verano y pasar el otro medio –según confesión propia– haciendo el gamba en cualquier playa del Mediterráneo. Ahora que empieza el curso, les pica todavía la arena del mar, pero dentro de un mes ya estarán soñando con bajar por las pistas de Astún en Navidad. Son mis nuevos alumnos. Buena gente.

Llegan a la filosofía con una edad perfecta para pensar: diecisiete años. Pero antes de pensar les preocupan otras veinte cosas: la música y el cine, la movida y los amigos, el deporte y el carnet de conducir, la liga de fútbol y la ropa de marca. Viven esa segunda adolescencia tan cargada de incompetencia y esperanza. Se llaman Borja, Irene, Pablo, Virginia, Diego, Nacho... Son hijos de los hijos desencantados de Forges y de Aute. Algunos protagonizan la moda de anorexia y la estética carcelaria, en expresión feliz de Paco Umbral. Y a veces nos sorprenden con ramalazos geniales.

Ante ellos, que te miran el primer día con mezcla de curiosidad y cansancio anticipado, eso de que la primera pregunta filosófica es “¿por qué el ser y no la nada?” suena a cuento chino, a ingenuidad del sesudo Heidegger. Porque la gran pregunta que mis nuevos alumnos tienen en la cabeza el

¿Es la Filosofía un cuento chino?

primer día de clase, y quizá antes, es “¿para qué rayos sirve la filosofía?” Si supieran expresarlo preguntarían qué pinta la filosofía en un mundo donde la última palabra parece que la tienen la ciencia, la técnica y los medios de comunicación. Están convencidos de que no sirve para nada, pero desean disfrutar del placer de ver al nuevo profesor tambalearse en la cuerda floja de una argumentación peliaguda, sudar y trasudar por explicar lo inexplicable.

16 Y el nuevo profesor, si quiere ganar una batalla que parece perdida de antemano, podrá decirles que la vida quizá consista en mantenerse a flote en medio de un mar agitado por grandes incógnitas, y que no tenemos más remedio que interpretar nuestra situación: y eso es filosofar. Pues vivir en el mundo y no aspirar a comprenderlo es vivir como puro animal. Por eso se ha dicho que, en el hombre, todo lo que no es filosofía es sonambulismo. De hecho, por su constitución inteligente, no puede el hombre renunciar a poseer una visión completa de la realidad: por qué existe el universo, la especie humana, el amor, el dolor y la muerte.

Después, con mucho tacto, evitará citar a Kant o a Platón (es pronto todavía), y se contentará con una reflexión mucho más *light*. Por ejemplo, de Michael Ende: “Sospecho que la realidad puede ser solamente la primera planta de un enorme edificio con innumerables pisos por encima y bajo tierra”. Si no es un gran pensamiento, es una buena imagen, capaz de captar la imaginación del personal y socavar su escepticismo preconcebido. Pero la imaginación no piensa. ¿Sabéis quién es Stephen Hawking? Claro que lo saben. Un astrónomo listo como Einstein, tristemente condenado a silla perpetua por esclerosis múltiple. Pues ese tipo, al final de su *Historia del tiempo*, se atreve a decir que la ciencia jamás será capaz de responder a la última de las preguntas: por qué el universo se ha tomado la molestia de existir.

Primera Clase

Esto no se lo esperaba nadie. ¿Un filósofo que cita a un científico en la cresta de la ola? Esto es muy raro, oiga. Si Hawking afirma que la ciencia nunca nos va a decir por qué el universo se ha tomado la molestia de existir, habrá que ir más allá de la ciencia. La palabra “metafísica” ¿no significa precisamente “más allá de la física”?

2

Más Allá de la Física

La metafísica, como es sabido, suena a camelo oscurantista. Pero las apariencias engañan. La ciencia, por el contrario, parece tener el monopolio de la explicación global de la realidad, y ése sí que es un camelo de tomo y lomo. ¡Atentos, muchachos! La ciencia nos dice, por ejemplo, que en el mundo sólo existen partículas físicas carentes de conciencia y de intención. Pero los hombres formamos parte de ese mundo, y resulta que somos seres conscientes y libres. El problema nos afecta muy personalmente al intentar entender cómo se compenetra la exterioridad corporal con la interioridad psicológica, pues ciertos rasgos esenciales de nuestra constitución subjetiva parecen imposibles de encajar dentro de nuestro cuerpo físico.

El más importante de esos rasgos es la *autoconciencia*. Yo, en el momento de escribir esto, y tú, sufrido lector, en el momento de leerlo, somos ambos conscientes. Pero nadie sabe cómo puede ocurrir tal cosa, cómo un sistema físico puede ser consciente. La *autoconciencia* es un conocimiento reflejo, una capacidad que el hombre tiene de conocerse a sí mismo. Supone un inverosímil desdoblamiento del sujeto, una duplicación real que hace posible experiencias tan comunes y misteriosas como las que describe Juan Ramón Jiménez:

“Yo no soy yo. Soy éste
Que va a mi lado sin yo verlo,
Que, a veces, voy a ver,

¿Es la Filosofía un cuento chino?

Y que, a veces, olvido.
El que calla, sereno, cuando hablo,
El que perdona, dulce, cuando odio,
El que pasea por donde no estoy,
El que quedará en pie cuando yo muera”.

El carácter metafísico de nuestros estados mentales se manifiesta en hechos tan claros como que yo puedo sentir mis dolores y tú no puedes, yo puedo pensar sin que nadie sepa que pienso, y mucho menos qué pienso. Lady Macbeth dice a su marido que no tenga miedo a que se descubra su asesinato, pues “no hay un arte capaz de leer en la interioridad de la mente a través de la cara”. Ahora bien, si la ciencia exige que la realidad ha de ser igualmente accesible a todos los espectadores cualificados, la subjetividad individual se presenta como un campo vedado para el conocimiento científico.

20 Éste puede ser el momento de citar a un filósofo. Pero escogeremos a uno que haya sido al mismo tiempo científico eminente. Al que con sólo dieciséis años publicaba un tratado de las secciones cónicas. Al que dijo que “apenas conocemos lo que es un cuerpo vivo; menos aún lo que es un espíritu; y no tenemos la menor idea de cómo pueden unirse ambas incógnitas formando un sólo ser, aunque eso somos los hombres”. Por supuesto, Pascal.

Insistimos. Un pensamiento no es algo que honradamente podamos calificar de material: no tiene color, sabor o extensión, y escapa a cualquier instrumento que sirva para medir propiedades físicas. Así pues, constatamos que los fenómenos mentales trascienden claramente los fenómenos de la fisiología y la bioquímica. Se podría objetar que lo psíquico es mera función del cerebro, lo mismo que la bilis es producto del hígado: pura secreción de la materia. Pero el hecho de que un proceso mental tenga su sede o apoyo en